# ARQUEOLOGIA DE LOS INDIOS DIAGUITAS

Las tribus indias que antiguamente ocuparon el noroeste argentino dejaron una cultura que ha sido bastante investigada durante los últimos cuarenta años y su arqueología medianamente estudiada. Investigadores como Moreno, Lafone-Quevedo, Ambrosetti, Boman Lehmann-Nitsche, Outes, Greslebin, Imbelloni, Casanova, Palavecino, Vignati y otros han publicado extensas memorias y artículos referentes a sus descubrimintos, mientras que extensas colecciones de los restos materiales de aquellos indios ocupan un lugar importante en los museos de Buenos Aires y La Plata.

Los primeros de estos arqueólogos aplicaron el nombre de Calchaquí a esta cultura, por haberse hecho los primeros hallazgos en el valle de Calchaqui, antigua morada de una tribu de aquella denominación. Más tarde se halló la misma cultura extendía por todas las provincias del noroeste, dondequiera que antes se hablara la lengua conocida históricamente como Diaguita. Desde entonces se aplicó a la cultura la misma denominación.

Menos sabido es que por el lado chileno de los Andes, en las provincias de Atacama y Coquimbo, prevalecía la misma cultura, enteramente semejante en todos sus detalles generales con la de las provincias argentinas. Más aun, la lengua en ambas regiones era igual, como lo era también, con toda probabilidad, la raza.

Durante una larga residencia en la provincia de Coquimbo, a principios del siglo, el autor tuvo excelente oportuunidad de estudiar la arqueología de la región, llegando a convencerse que, apesar de la

enorme barrera interpuesta por los Andes, las dos zonas separadas formaban una provincia cultural continua.

Lingüísticamente sucede la misma cosa. Desgraciadamente la "kakan" o lengua de los Diaguitas ha desaparecido, sin dejar otra cosa que ciertas denominaciones geográficas, algunos apellidos conservados en los más antiguos documentos coloniales y algunos pocos nombres de plantas, animales y aves, que todavía perduran en el lenguaje vulgar de la región. Estos, sin embargo, se repiten en ambos lados de la cordillera y no dejan lugar a duda respecto de la unidad de la antigua lengua. Hace tiempo compilé una pequeña lista de nombres idénticos en uno y otro lado de los Andes y llegué a un total de más de trescientos. Un número mucho mayor tenía las mismas terminaciones características y su similaridad bastaba para proclamar la misma procedencia.

Los indios de las provincias chilenas no figuran en los documentos históricos con ningún nombre propio, y los cronistas que los mencionan les dan la denominación del valle que habitaban. Indios de de Copiapó, Indios de Coquimbo, Indios de Limarí, etc.

Por el efecto de nuestros estudios se hizo necesario hablar de ellos como entidad. Como sus congéneres por el lado argentino ya se conocían generalmente por el nombre de Diaguitas, lo consideramos conveniente emplear la misma denominación, con el distintivo de "Diaguitas chilenos", cuando precisaba hablar de la rama occidental. Este término ha llegado a emplearse comunmente en la actualidad.

Los diaguitas-chilenos eran separados de los atacameños, sus vecinos hacia el norte, por ochenta leguas de árido desierto, sin agua, llamado el Desierto de Atacama. Hacia el sur los indios de Chile Central diferían de ellos, física, cultural y lingüísticamente. En la costa habitaban unos escasos grupos de pescadores primitivos, conocidos con el nombre genérico de Changos.

Los diaguitas chilenos ocupaban principalmente los fértiles valles de los ríos, desde la región andina hasta la costa. Dichos valles, de norte a sur, eran los de los ríos Copiapó, Huasco, Coquimbo, Limarí, y Choapa, con sus respectivos afluentes. Cada valle se separaba del siguiente por grandes trechos de cerros estériles. Por ser escasas las lluvias en toda esta región, las quebradas que desaguaban los cordones carecían de agua durante la mayor parte del año.

En general, la cultura de los diaguitas era muy parecida a la de los atacameños, sus vecinos hacia el norte, pero es conocida principal-

mente por su alfarería, aunque otras clases de artefactos se hallan a menudo.

Nada se sabe de los orígenes de este pueblo, ni es segura la época de su primera aparición en la zona. Algunos tipos de alfarería, descubiertos en ciertas regiones de las provincias argentinas parecen pertenecer a un período anterior a la civilización de Tiahuanaco y posiblemente se relacionan con la cultura de Recuay.

En Chile, los restos más antiguos encontrados corresponden a la época de Tiahuanaco (600 a 900 D. C.). En este período, la cultura diaguita era ya desarrollada aunque todavía algo primitiva. Se conoce principalmente por ciertas piezas de alfarería con decoración típicamente tiahuanaqueña, encontradas en diversas localidades de la región.

No se ha podido determinar si los diaguitas se radicaron primero en la Argentina, cruzando los Andes después, o si fué el revés que sucedió. Los restos más antiguos parecen ser contemporáneos a uno y otro lado de la cordillera.

Los arqueólogos argentinos no han logrado establecer una cronología relativa aceptable, para la cultura diaguita, aunque varios de ellos reconocen que ha pasado por una serie de fases evolutivas. Por otra parte se ha establecido un número de fases locales de carácter especial y de extensión limitada, aunque la cultura es básicamente igual por toda la región. Sin embargo, no se ha determinado una escala de períodos y en general se considera como contemporáneos los diferentes estilos y no sucesivos.

Por el lado chileno, la cuestión cambia y hallamos una estratificación de fases más clara, que nos permite clasificarlas en una cronología relativa. Muchos de los cementerios indígenas ocupan una extensión considerable y en algunos de ellos, como por ejemplo el de la Compañía Bajá, cerca de La Serena, las diferentes fases culturales se sobreponen unas a otras. Esto nos permite distinguir los estilos más antiguos, de los más modernos. Dichos estilos son muy distintos unos de otros, y cada uno es más o menos continuo por toda la zona, con pequeñas variaciones locales. No siempre se hallan todas las fases en el mismo cementerio, pero donde ésto ocurre las hallamos en la misma orden sucesiva. Este hecho, en el caso de los cementerios más pequeños que representan una sola fase cultural, nos ayuda determinar con seguridad aproximada, la época precisa a que pertenece la etapa en cuestión.

Nuestros estudios anteriores, de la cultura atacameña nos ayudan considerablemente aquí, pues nos sirven de comparación y de control. Hallamos en ambas culturas los mismos períodos señalados por las mismas influencias generales. Los artefactos de cada época son tipológicamente distintos de los de la anterior y así, de una mirada se puede establecer su edad relativa.

La cultura atacameña parece ser más antigua que la diaguita, pero desde la aparición de la última, las fases evolutivas de ambas son esencialmente paralelas.

Las influencias de Tiahuanaco son evidentes en ambas, principalmente en un número limitado de piezas de alfarería que recuerdan las de la metrópoli, tanto en forma como en decoración.

Con la desaparición de dicha civilización, ambas culturas pasaron por una fase de desarrollo local, distinta artísticamente de la anterior. Esta etapa duró probablemente unos dos siglos. (900-1100 D. C.), después de la cual, nuevas influencias, llegadas del norte, recorrieron todo el territorio, produciendo profundas modificaciones en las culturas atacameña y diaguita.

Durante el período de las culturas locales, después del desmoronamiento del Imperio de Tiahuanaco, los chinchas, de la costa del Perú formaron un nuevo estado y extendieron sus conquistas hacia el éste y el sur. En esta última dirección establecieron colonias hasta la altura de Atacama. Las influencias de esta cultura superior tuvieron un gran alcance geográfico. Fueron asimilados en mayor o menor grado por los atacameños y los diaguitas, más rápidamente entre los primeros y poco a poco entre los segundos. Así es que en el desarrollo cultural de los diaguitas encontramos un estado de transición entre la fase local y la posterior que hemos llamado chincha-diaguita y durante la cual los dos estilos se amalgamaron completamente.

El período de transición se nota especialmente en la alfarería. Las antiguas formas y el estilo de decoración se modificaron lentamente. Se introdujeron algunos nuevos motivos decorativos, pero los dibujos todavía conservaban su estilo grande que contrastaba grandemente con los modelos menudos y complicados impuestos por las nuevas influencias.

A juzgar por los cementerios, esta época transicional debe haber durado a lo menos un siglo, dando lugar finalmente a la época chincha-diaguita que duró hasta la llegada de los españoles.

Aun cuando, hacia fines del siglo XV, los incas conquistaron esta región, la cultura que trajeron consigo modificó sólo en pequeño grado la cultura existente y aun así, únicamente en ciertas localidades en cada valle. Posiblemente si hubiera durado más, habría producido mayores resultados, pero después de muy pocas décadas fué truncada por la invasión española.

Tomando como base la cronología establecida por Uhle para la cultura atacameña, la que hemos tenido ocasión de comprobar, podemos proponer una cronología relativa para la cultura diaguita-chilena, en la forma siguiente:

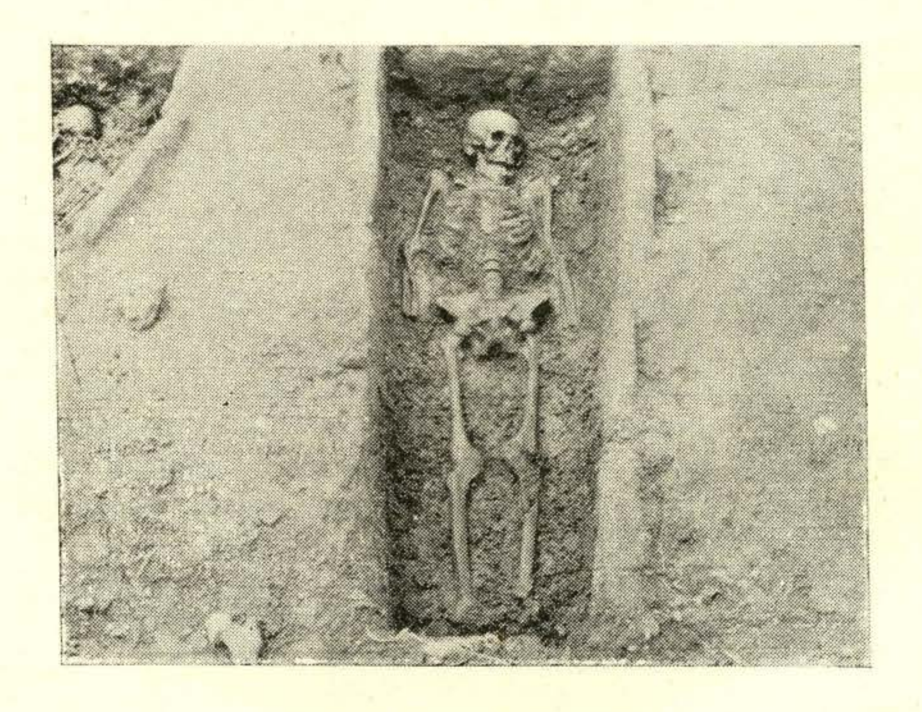
| | |
|---|---|
| Epoca de Tiahuanaco . . . . | 600—900 D. C. |
| Epoca de cultura local ........... | 900—1100 " |
| Epoca de transición . . . . | 1100—1200 " |
| Epoca chincha-diaguita . . . | 1200—1450 " |
| Epoca incaica (parcial) . . . . | 1450—1536 " |

Con la llegada de los españoles, las culturas indígenas desaparecieron rápidamente y en las provincias del norte no hemos encontrado ningún cementerio de indios que contuvieron reliquias de la civilización europea.

Los diaguitas formaban, desde su aparición, un pueblo de agricultores. En sus más antiguas sepulturas se hallan ocasionalmente instrumentos agrícolas de madera: barretas para romper el suelo, palas, mazas para desterronar y palos de plantar. Las principales industrias de esta época temprana era la fabricación de alfarería y tejidos, la elaboración de artefactos de madera y hueso y el tallado de la piedra para sus armas y herramientas. A diferencia de los atacameños, los diaguitas no parecen haber sido grandes fabricantes de cestería, al menos pocos restos de esta industria se encuentran en sus sepulturas.

Sepultaban sus muertos, durante esta primera época, directamente en la tierra. Los cadáveres los tendían de espalda con los brazos extendidos juntos al cuerpo. Ofrendas de alimentos y bebidas colocadas en vasos de greda, se enterraban juntos con los cadáveres, a veces a la cabecera, a vaces a los pies y ocasionalmente en ambos extremos de la tumba. Además de este tipo de ofrenda, incluían en

la sepultura, prendas de vestir, armas, adornos, utensilios, herramientas, etc., en fin todo lo que podría necesitar el muerto para su viaje al otro mundo o para su estada en él. No parece haber existido ninguna dirección definida para la colocación del cadáver, lo que nos hace sospechar que no practicaban ningún culto al sol. Los cadáveres, al parecer, se envolvían en pieles o en mantas tejidas, pues escasos vestigios de tales, se hallan ocasionalmente, revueltos con los huesos de los esqueletos.



En la región diaguita suelen haber algunas fuertes lluvias durante los meses de invierno, y debido a ésto, los materiales más destructibles sepultados en las tumbas han desaparecido. Por consiguiente su contenido arqueológico no es tan completo como en el territorio atacameño, donde nunca llueve. Así es que poco se sabe de ciertas fases industriales de esta cultura, tales como textiles, labranza de madera, cestería, etc., que no resisten la humedad. Objetos de piedra, de concha, de hueso o de cerámica sobreviven y es principalmente de ellos que se han derivado nuestros conocimientos de esta cultura.

Restos de la época de Tiahuanaco se componen casi enteramente de un pequeño número de artefactos de greda, descubiertos en dife-

rentes partes de la región. Tanto en forma como en decoración, estas piezas representan el tipo prevaleciente en la época clásica de la civilización tiahuanaqueña, aunque se empleaban solamente los más simples motivos geométricos, tales como las figuras escalonadas, con o sin grecas anexas, pirámides, ángulos, triángulos, rombos, círculos o semi círculos, rectángulos y cuadrados con otras figuras contenidas, etc. Figuras humanas, de animales o de monstruos, tan comunes en el arte de la metropoli, faltan enteramente en la decoración diaguita de la época.

La cerámica es del tipo rojo-blanco-negro; generalmente dibujos rojos y negros sobre un fondo blanco, a veces blancos y negros sobre un fondo de rojo oscuro. En algunos casos falta el blanco y los dibujos son negros sobre un fondo rojo.

Las puntas de flecha de cuarzo o pedernal que a veces acompañan esta alfarería son de tipo pequeño y sin pedúnculo. Muy poco más se ha encontrado en las sepulturas que se pueden atribuir a la época de Tiahuanaco, aunque se han citado fragmentos oxidados de instrumentos de cobre.

El período siguiente, aquel de la cultura diaguita indígena es mejor representado. En él no aparecen influencias exóticas.
Se han descubierto numerosos cementerios de esta época, generalmente cerca de la costa y hasta ahora se ha encontrado muy pocos en el interior de los valles, aunque, sin duda, han de existir.

En estos cementerios se sepultaban los muertos en tumbas rectangulares profundas, no de espalda como en el período anterior, sinó, casi siempre recostados sobre el lado derecho, con las piernas ligeramente encogidas. Las sepulturas tienen una profundidad de metro y medio y a veces más. Algunos de los cementerios, como en el caso de aquel de la Compañía Bajá, fueron usados durante más de un período. Como las sepulturas posteriores se hallan forradas de piedras y son menos profundas, hallamos en muchos lugares una estratificación perfecta, lo que nos permite hacer un estudio comparativo de dos o más períodos.



La alfarería todavía forma el artefacto principal hallado en las sepulturas de la época diaguita-indígena; pero en forma y en decoración es muy distinta de la de cualquiera otra época, anterior o posterior. Se halla de dos clases; la doméstica y la decorada o ceremonial. La primera es de factura bastante tosca, áspera al tacto y sin pulimiento. El número de tipos es reducido y el más numeroso es aquel de los jarros asimétricos, con una protuberancia por un lado y un asa por el otro. Con frecuencia se hallan dos o tres botoncitos levantados colocados en la parte delantera del cuello vertical, que representan ojos y nariz de algún ser humano o animal. Otros jarros tienen forma más simétrica y también tienen asa por un lado. Se encuentran también ocasionalmente tazas semicirculares y ollas globulares, con o sin asas. La alfarería doméstica es casi siempre de un color pardo negruzco y frecuentemente cubierta de hollín.

La alfarería ceremonial es de una factura muy superior. Es generalmente cubierta de un enlucido (slip) rojo oscuro y la decoración pintada en negro y blanco. Consiste principalmente de grandes urnas y de tazas semiesféricas, aunque de vez en cuando se encuentran otras formas, como platos y ollas.

Hay una gran diferencia de calidad y de decoración, entre las urnas y las tazas. Las primeras tienen una altura de 30 a 50 centí-

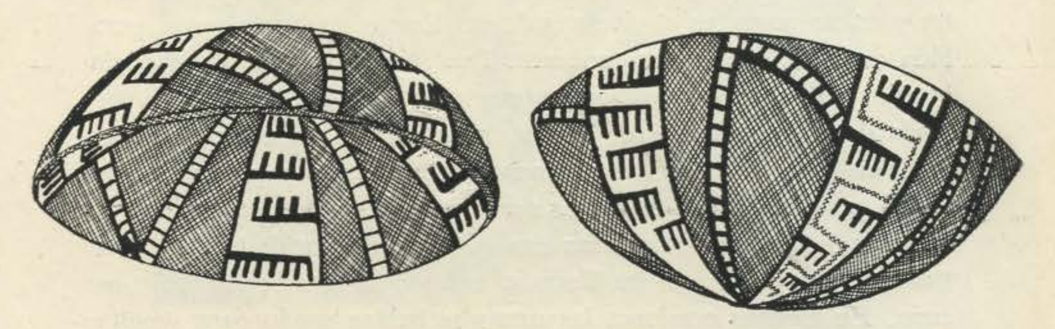
metros, aunque hay algunas mayores. Su mayor diámetro corresponde aproximadamente a su altura. Los costados son ligeramente oblícuos; hallándose la parte más angosta en el cuello, debajo de la boca que vuelve un poco hacia afuera. El cuello es alargado y termina en un vientre globular debilmente aplanado en el fondo. Por lo general llevan asas aplanadas en ambos lados, pero no parece haber regla fija respecto del lugar preciso de su colocación, ya que en algunas urnas se hallan en el cuello cerca de la boca, en otras cerca del vientre y en no pocas, en el vientre mismo. Esta cerámica es tosca, pero bien quemada y de color pardusco. Las superficies son ásperas, sin bruñir y las paredes medianamente gruesas. La decoración era formada de dibujos lineales de los más sencillos, casi siempre de series de líneas cruzadas o paralelas, generalmente oblícuas y que corrían de arriba hasta abajo. El color más usado en esta decoración era negro. Algunas de las urnas se cubrían con un delgado enlucido blanco, semitransparente y entonces las líneas a menudo se pintaban de rojo oscuro. En algunas ocasiones las urnas se habían usado para sepultación secundaria y contenían huesos humanos, pero ésto no parece haber sido su destino original.

Raras veces se hallan intactas estas urnas. Casi siempre están quebradas, a menudo fragmentadas. Frecuentemente faltan pedazos, lo que parece indicar que eran quebradas intencional o accidentalmente, antes de ser colocadas en las sepulturas.

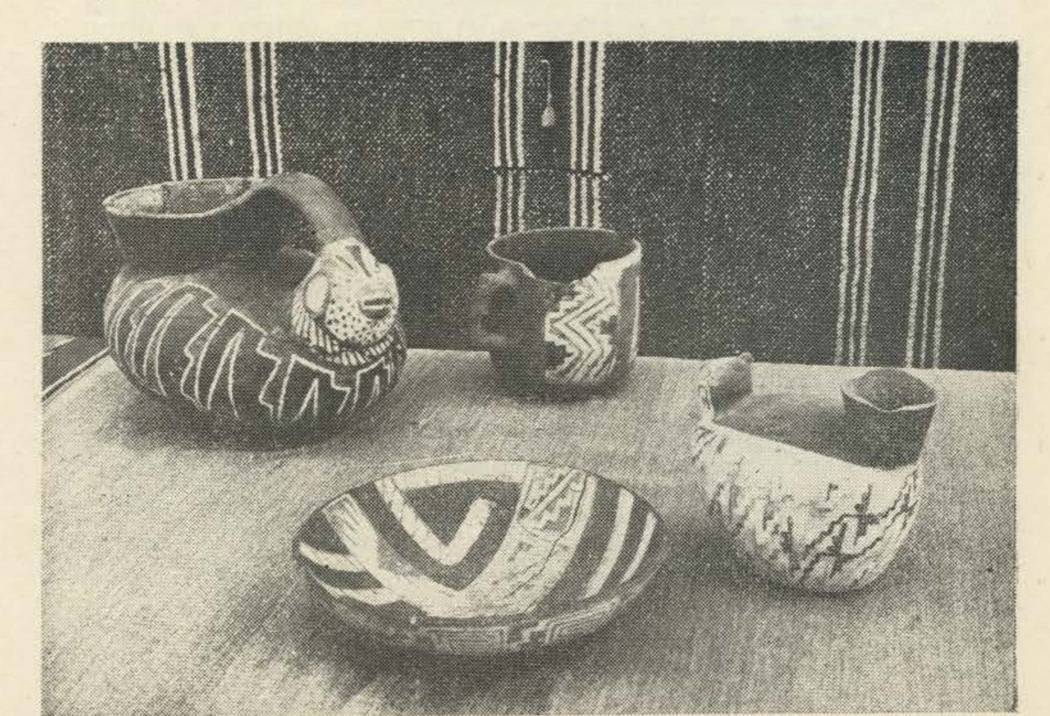
Las tazas son muy superiores a las urnas en factura y en decoración. Son de relativamente poca profundidad, semi-esfericas en corte y siempre cubiertas de una reluciente capa de enlucido rojo, sobre el cual la decoración se ha pintado en negro y blanco, a veces en el exterior, a veces en el interior, más raramente en ambos. En algunos casos el enlucido interior es blanco pero el del exterior es siempre de rojo oscuro.

Muchas de las tazas están cruzadas por anchas fajas blancas, en las cuales los motivos decorativos son pintados en negro. Los dibujos son siempre rectilíneos con una entera ausencia de curvas. Consisten principalmente de líneas paralelas, ángulos, triángulos, fajas de líneas paralelas, a veces, perpendiculares a los bordes pero más a menudo, oblícuas a ellos. Algunas veces los triángulos son sólidos, otros son rellenados de líneas cruzadas y otros aun de puntos. Uno de los motivos más característicos tiene forma de peine y aparece en la mayor parte de las tazas. De una orilla de un triángulo sólido

que a veces es poco más que una línea gruesa, proyectan varias líneas paralelas, cuyo largo desminuye a medida que se aproximan al ápice del triángulo. Son cinco, seis o más en número y se asemejan a los dientes de un peine o a los dedos de una mano. Cuando la taza tiene una cruz blanca pintada en una o ambas superficies, los brazos están frecuentemente decorados con este dibujo en series, pero también aparece en otras partes de la taza, solo o en combinación con otros motivos.



Son pocos los otros tipos de alfarería pertenecientes a esta época que se han encontrado, pero los que hemos descrito son relativamente abundantes, en especial en la provincia de Coquimbo. Pueden ser tan numerosos en otras partes de la región diaguita, pero debido al poco número de excavaciones efectuadas, poco sabemos a este respecto.



Objetos de piedra no son muy numerosos en las sepulturas de este período, pero incluyen puntas de flecha, pequeños discos perforados de carbonato de cal o silicatos de cobre, usados para collares, pulidores, hachas, raspadores, buriles y piedras planas usadas para alisar las puntas de instrumentos de hueso y que, a menudo, tienen ranuras, producidas por el uso. Se hallan además, numerosos morteros de piedra, pero éstos son casi siempre rotos, o perforados en el fondo, indicando un empleo prolongado. No sabemos si se quebraban los morteros con la idea de "matar" la pieza, o si bien, se usaban para colocar en las sepulturas, solamente los morteros quebrados o desgastados.

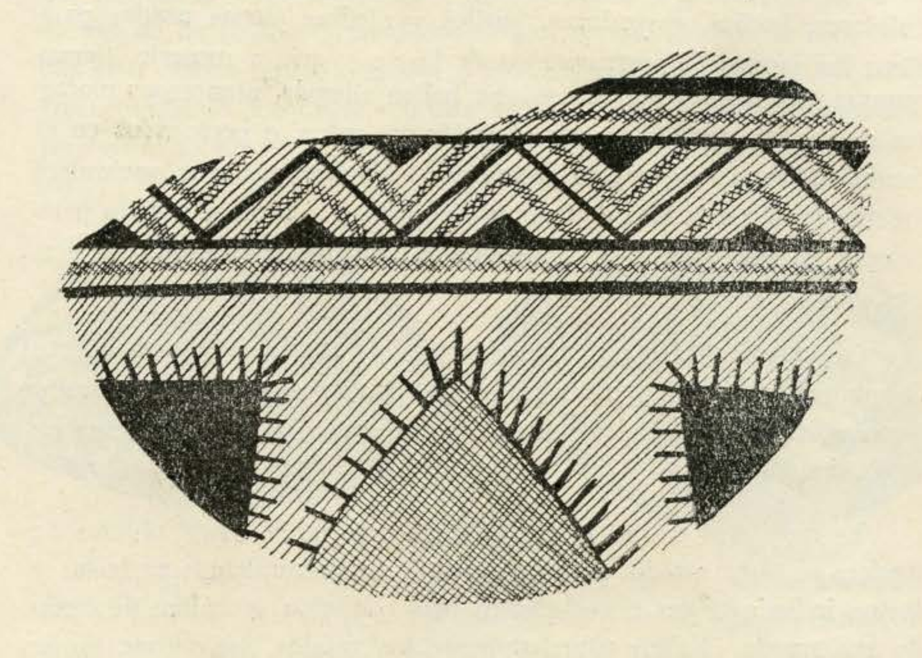
Objetos de hueso son más numerosos y consisten principalmente de puntas, espátulas, punzones, agujas, puntas de harpón, husos y torteras, tubos para colores, amuletos, y algunos objetos de uso indeterminado.

Es muy raro encontrar en las sepulturas de la época, objetos de madera en buen estado, pero fragmentos de herramientas agrícolas y restos indistinguibles de artefactos más pequeños se hallan de cuando en cuando. Faltan completamente los tejidos, no porque no se fabricaban, sino porque habían desaparecido a causa de la humedad.

En algunas de las sepulturas se hallan cráneos o pezuñas de llamas, estas últimas generalmente en las tumbas de niños de corta edad.

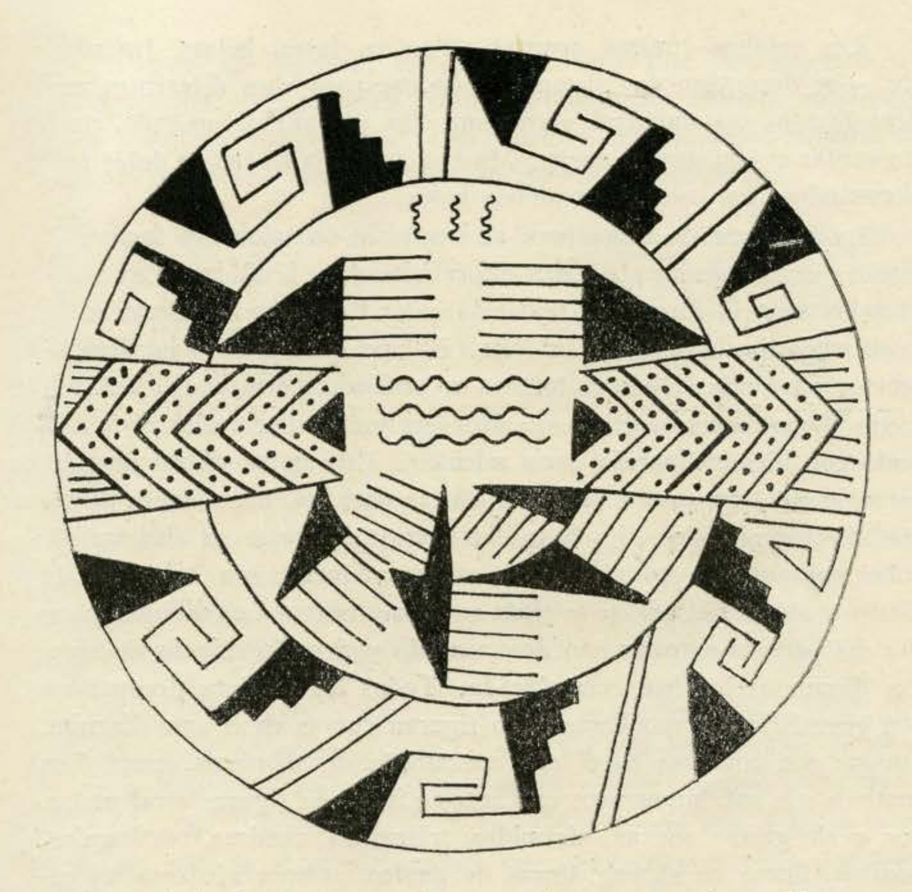
Más o menos a principio del siglo XII la cultura atacameña de más al norte fué fundamentalmente modificada por la intromisión de nuevas influencias. Los chinchas extendieron su imperio hacia el sur y o por conquista o por colonización incorporaron a su propia zona cultural el territorio de los atacameños.

El efecto de esta infiltración no se hizo sentir directa o inmediatamente en la cultura diaguita. Poco a poco, sin embargo, la penetración de las nuevas influencias llegaron a ser más aparentes, especialmente en la decoración y aun en las formas de la alfarería. Nuevos motivos se introdujeron, que cambiaron todo el aspecto de muchos de los dibujos, sin lograr por mucho tiempo, hacerse exclusivos. A veces empleados solos, era frecuente su empleo en combinación con los antiguos motivos nativos.



Debe haber pasado un siglo, a lo menos, antes que fuesen totalmente asimilados. Los dibujos anteriores solían ocupar toda la superficie de la pieza, interior o exteriormente. Eran grandes, pocos en número y muy repetidos. Al comienzo, los nuevos motivos se dibujaban en el mismo estilo grande, completamente contrario al de los tipos chinchas que eran casi siempre pequeños y aun diminutos.

No solamente se adoptaron los nuevos motivos, sino que se modificó todo el sistema de decoración. Ahora los dibujos raras veces se pintaban en el interior de las tazas, (siempre las piezas más numerosas). Semejantes decoraciones fueron suprimidas y reemplazadas por un enlucido blanco. Se pintaban dibujos únicamente en el exterior, pero no lo cubrían como antes. El fondo de la taza se cubría de un enlucido rojo y las paredes por una faja blanca, sobre la cual se pintaban los dibujos en negro o en negro y rojo. Poco a poco los dibujos se disminuyeron y los motivos chinchas llegaron a desplazar el más antiguo estilo indígena.



El período durante el cual se operó esta transformación es el que llamamos la etapa o la época de transición.

Ya a fines del siglo XII, las influencias chinchas habían compenetrado completamente toda la cultura diaguita y puede decirse que había comenzado la época chincha-diaguita. En verdad se puede llamar ésta, la "Edad de Oro" de la cultura diaguita, la cual se transformó enteramente sin perder sus caracteres especiales.

Todas las industrias recibieron un gran impulso. Se introdujeron muchas nuevas formas, la técnica se mejoró y la producción fué considerablemente aumentada. Pero donde se hizo más aparente el progreso fué en el desarrollo artístico de las industrias. Esto se nota en la alfarería, en los tejidos, en la elaboración de artefactos de madera y de hueso y en la metalurgia. El comercio también se desenvolvió de una manera considerable y encontramos artefactos netamente diaguitas en toda la parte sur del territorio atacameño y en una gran parte de Chile Central.

Los tejidos—túnicas, mantas, *ponchos*, fajas, bolsas, frazadas, etc.,—se decoraban con listones, usándose para ellos diferentes matices de rojo, castaño, azul, verde, amarillo, anaranjado, morado, etc., sin contar el blanco y el negro. Muchas de las fajas tenían doble faz, alternándose los colores en ambos lados.

La alfarería de esta época es excelente en calidad y factura y muchas de las piezas presentan superficies muy bruñidas. Las tazas (bowls) todavía forman el tipo más numeroso, pero su forma se ha modificado desde la época anterior. El tipo semi-esférico ha desaparecido. El fondo o base es todavía redondeado, pero las paredes son rectas, generalmente verticales, a veces inclinadas hacia afuera y a menudo con una inclinación hacia adentro. Muy pocas tienen una decoración interior, pero el exterior de las paredes casi siempre ostentan dibujos pintados. La base exterior de las tazas es siempre de color rojo oscuro, pero las paredes generalmente son enlucidas de blanco y en ellas el dibujo se pinta en rojo y negro. Los dibujos grandes del período anterior han desaparecido y el estilo chincha de figuras diminutas los han reemplazado. Todos los motivos decorativos son geométricos y rectilíneos. No figuran curvas en el arte diaguita, aunque son comunes en el arte atacameño de la misma época. Los motivos son más numerosos que antes e incluyen figuras escalonadas, con o sin grecas anexas, pirámides, triángulos, cuadros, rectángulos, rombos, líneas en zig-zag, líneas de puntos, campos ajedrezados, espacios rellenados de líneas cruzadas o paralelas, cruces, ganchos, bordes dentados, espirales rectangulares y muchas otras.



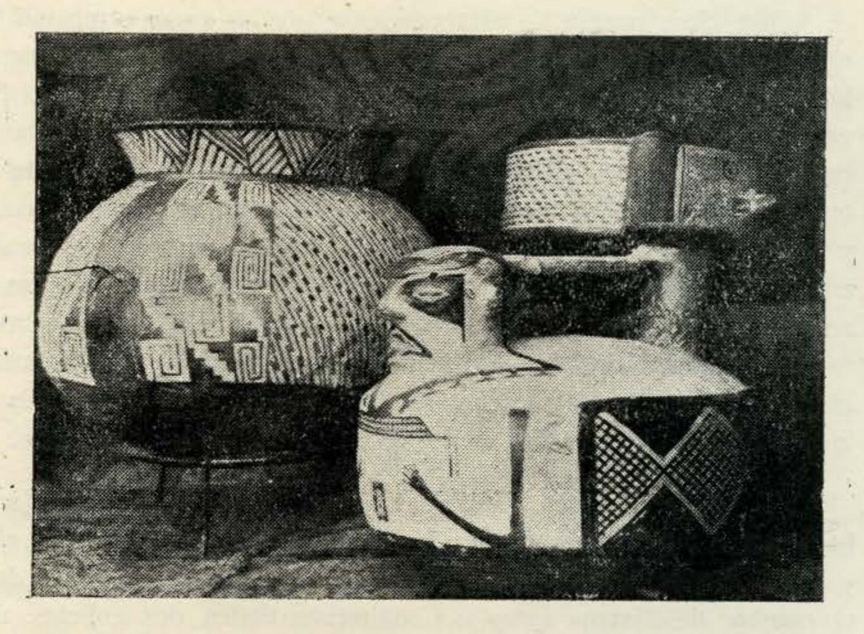
Algunas de las tazas tienen en un lado una cara humana, en parte pintada y en parte en relieve. Todos estos motivos empleados solos o en combinación con otros, forman una variedad infinita de dibujos que raras veces o nunca se repiten exactamente.

Otra clase común de alfarería es el de las tazas campanuliformes. Estas son más profundas y tienen la forma de budineras, con la boca vuelta ligeramente hacia afuera y la base más pequeña. Son generalmente decoradas en el exterior y en el interior, aunque a veces el interior tiene solamente un enlucido. En el extremo norte del territorio este tipo de taza tiene frecuentemente un color chocolate y se decora con figuritas de llamas alternadas con motivos geométricos. En el valle de Huasco estas tazas son, a menudo, cubiertas de un enlucido de color ocre amarillento, sobre el cual se han pintado caras humanas estilizadas también alternadas con figuras geométricas. Más al sur, la decoración en éstas tazas es semejante a la de las tazas de paredes verticales y a veces llevan un asa en un lado.

Aunque las tazas constituyen el tipo de alfarería más abundante, hay, sin embargo, otros varios. Uno de los más interesantes de ellos y uno que se halla con cierta frecuencia, es aquel a que se ha dado el nombre de "jarros patos". Usualmente tienen dos golletes, uno tubular y abierto, el otro cerrado y que representa el cuello y cabeza de un ave, comunmente el pato, de donde se deriva el nombre. A veces la cabeza del ave se reemplaza por la de un ser humano, más raramente por la de un animal. Generalmente el cuerpo se cierra en forma abovedada. Son de factura hermosa, de superficies bruñidas y cubiertos de bellos dibujos pintados. Constituyen verdaderas obras de arte y sin duda representan uno de los más bellos productos del arte diaguita. Su forma varía de valle en valle. Son ovalados o elípticos en los valles meridionales de Choapa y Limarí; circulares, con paredes rectas, abiertas y con un solo gollete, en el valle de Coquimbo; cerrados y cilíndricos con doble cuello en los valles de Huasco y Copiapó. La decoración pintada también varía con la región aunque los motivos empleados caen dentro de los señalados.

Los otros tipos de alfarería incluyen, jarros de distintos estilos, botellas, urnas, platos, y ollas. Toda la cerámica es relativamente gruesa de buena factura, bien quemada, y artísticamente decorada, a pesar de la falta de curvas en los dibujos. Sobre un fondo de rojo

oscuro, la parte que debe decorarse, se pinta de blanco y sobre esta superficie se pintan los dibujos en negro y rojo, formando así la alfarería de tres colores: blanco, negro y rojo, tan típica en Sud-América.



Esta descripción, aunque de la más breve, porque el espacio disponible no nos permite extenderla, servirá para demostrar lo mucho que se desarrolló la industria alfarera durante la época chincha-diaguita y lo bien que se asimilaron las nuevas influencias.

Otra industria que se intensificó grandemente durante esta época, fué la metalurgia. Aunque el cobre, el oro y la plata fueron conocidos y utilizados en pequeño grado por los diaguitas en períodos anteriores, era solamente durante la época chincha-diaguita que se inició un aumento considerable en su empleo. Apareció por primera vez el bronce, el que reemplazó casi enteramente el uso de cobre puro. El estaño, traído probablemente de Bolivia, también colonizada por los chinchas, se empleaba en proporciones variables para formar una aleación con el cobre. Los bronces chilenos contenían un dosaje de dos hasta doce por ciento de estaño y algunos de los bronces argentinos contenían un porcentaje mayor.

Muchas minas prehispanas se han encontrado en la región diaguita, pero quizá las más conocidas por el lado chileno fueron las de Chançhoquín cerca de Copiapó y Brillador, cerca de La Serena. En

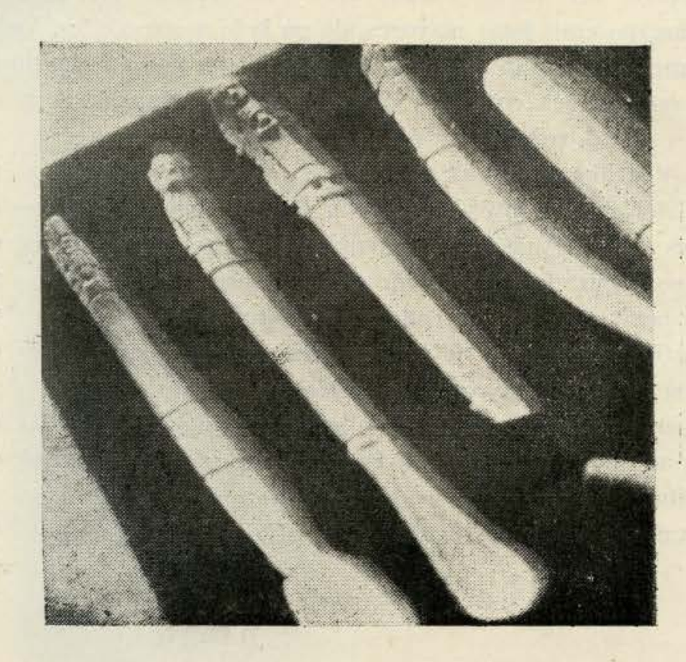
la vecindad de algunas de estas minas se han encontrado restos de los hornillos indígenas, montoncitos de escorias, crisoles de greda, y moldes del mismo material y en algunas de las antiguas labores se descubren de vez en cuando, martillos de piedra usados en los trabajos.

Los principales objetos de bronce, pertenecientes a esta época, hallados en las sepulturas, son: hachas, adzuelas, cinceles, cuchillos, manoplas con hoja en forma de daga, cencerros, campanillas de diferentes formas y tamaños, discos, pectorales, topus o alfileres con cabezas en forma de disco, aros, anillos, brazaletes, brazales, agujas, anzuelas, pinzas, punzones, amuletos, etc., etc.

Muchos de estos objetos no se conocen fuera de la región diaguita, pero son igualmente comunes a uno y otro lado de la cordillera de los Andes, e importantes colecciones se hallan en los museos de Chile y de la Argentina.

El oro y la plata se usaban en mucho menor grado y se destinaban casi exclusivamente a objetos de adorno personal.

La elaboración de artefactos de hueso tuvo un desarrollo muy artístico durante este período y muchos de los objetos confeccionados eran bellamente esculpidos con figuras humanas, de animales y de monstruos. Otros y especialmente las torteras de hueso eran grabadas con series de pequeños círculos con puntos en el centro, delineados con negro que los hacen destacar contra el blanco o el amarillo del hueso.



Raras veces se hallan artículos de madera en buen estado, pero ocasionalmente se encuentran restos de semejantes objetos y éstos, a veces demuestran señales de haber sido esculpidos. Escasos fragmentos nos enseñan que las herramientas agrícolas conservaban sus antiguas formas, pero una que otra pala encontrada en buenas condiciones tienen una manilla auxiliar inserta en la hoja.

La piedra todavía se empleaba extensamente. Hachas, puntas de flecha, con y sin pedúnculo, tubitos y pequeños discos para la fabricación de collares, pulidores, raspadores, afiladores, morteros, manos para los mismos, metates, pesas para redes y lienzas de pescar, amuletos, etc., son abundantes.

No se sabe bien qué clase de habitaciones empleaban los diaguitas. En las regiones montañosas se encuentran ruinas de edificios de piedra, pero en tan mal estado de conservación que es difícil hablar de la manera en que se construían. A juzgar por los restos de los cimientos no eran muy grandes, cuatro metros de largo por dos y medio de ancho. Nada se puede decir respecto de su altura, ni de la manera en que fueron techadas. Al parecer, no se usaban en su construcción ni mezcla ni argamasa. En las partes inferiores de los valles, es probable que las casas se hacían de *quincha* o ramas embarradas con fecho de totora, estilo que ha continuado hasta hoy, pero como no han dejado vestigios, ésto no pasa de ser una conjetura.

En general, los detalles de esta cultura eran enteramente semejantes entre los diaguitas argentinos y los chilenos y si se hallan diferencias, no eran éstas mayores, de un lado a otro de los Andes que entre un valle y otro del mismo lado. Una diferencia importante puede notarse, sin embargo. Por el lado argentino, la sepultura en urnas, especialmente la de niños de corta edad, era muy común en ciertos distritos, mientras que en las provincias chilenas era excepcional, debiéndose probablemente a la infiltración de la costumbre, a través de los Andes. Su extensión en el territorio argentino provenía posiblemente de influencias del Chaco y puede haberse introducido por tribus de descendencia tupi-guaraní.

Artísticamente la cultura chilena era superior a la argentina, tanto en su ejecución como en su técnica, debido con toda probabilidad a sus contactos más directos con las influencias chinchas.

A mediados del siglo XV la invasión de los incas introdujo nuevas influencias en la región diaguita, las que se hicieron sentir más especialmente en la industria de la alfarería. No obstante, dichas

influencias no eran muy extensas y se observan más en la vecindad de las colonias que los incas establecieron en cada valle importante.

La ocupación incaica fué principalmente militar. Su duración fué corta y sus resultados menos profundos que los conseguidos por la colonización chincha.

En la alfarería se introdujeron algunos nuevos tipos y motivos decorativos. Las formas de estos nuevos tipos eran del todo semejantes a los del Cuzco, siendo los principales, el aríbalo o botella de base cónica, con dos pequeñas asas en la parte inferior del cuerpo, ollas de pie central, con o sin tapa y con asa en forma de cinta, pequeñas botellas de base plana, platos aplanados, adornados frecuentemente con una cabeza de ave modelada en un borde y unos pocos tipos menos comunes.

Muchas de estas piezas, tanto por su factura como por su decoración eran del estilo cuzqueño y parecen haberse fabricado por los mismos incas. Otras, aunque copiaban las formas incaicas eran, sin embargo, decoradas con los motivos chincha-diaguitas y eran probablemente de fabricación nativa.

En las demás industrias las influencias de los incas son poco aparentes, salvo quizá en la agricultura, donde parece que introdujeron algunas nuevas semillas y plantas, aunque el sistema de cultivo permaneció igual que antes.

Muy poco después de la llegada de los españoles, la cultura diaguita tuvo una rápida desaparición y no pasó medio siglo antes que el pueblo mismo se halló diezmado.

RICARDO E. LATCHAM
Director del Museo